



MI

PLANTA

DE NARANJA

LIMA

Mi planta de naranja lima

José Mauro de Vasconcelos

Título original: *O Meu Pé de Laranja Lima*

Traductora: Haydée M. Jofre Barroso

© Copyright (1968) Editora Melhoramentos Ltda., Brasil

Diseño de tapa: Silvana M. López

Diseño y diagramación: Silvana M. López con Carolina D'Alessandro

Derechos exclusivos de edición en castellano para América Latina y España

© Grupo ILHSA S.A. para su sello Editorial El Ateneo, 2019

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires - Argentina

Tel.: (54 11) 4983 8200 - Fax: (54 11) 4308 4199

editorial@elateneo.com - www.editorialelateneo.com.ar

1ª edición en Editorial El Ateneo: febrero de 1971

1ª edición especial: septiembre de 2019

ISBN 978-950-02-1013-3

Impreso en Talleres Trama, Pasaje Garro 3160,

Ciudad Autónoma de Buenos Aires, en septiembre de 2019.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.

Libro de edición argentina.

Vasconcelos, José Mauro de

Mi planta de naranja lima / José Mauro de Vasconcelos. - 1a ed. -

Ciudad Autónoma de Buenos Aires : El Ateneo, 2019.

240 p. ; 19 x 14 cm.

Traducción de: Haydée M. Jofre Barroso.

ISBN 978-950-02-1013-3

I. Literatura Infantil y Juvenil Brasileira. 2. Narrativa Infantil y Juvenil

Brasileira. I. Jofre Barroso, Haydée M., trad. II. Título.

CDD B869.3



MI
PLANTA
DE NARANJA
LIMA



José Mauro de Vasconcelos

 *Editorial El Ateneo*



El autor

José Mauro de Vasconcelos (1920-1984) –mestizo de india y portugués, nativo de Bangu, Río de Janeiro– fue, a partir del colegio secundario, un auténtico autodidacto que se formó en el trabajo y la vida. Entrenador de boxeadores de peso pluma, trabajador en una fazenda, pescador, maestro en una escuela de pescadores: he ahí algunas de sus actividades hasta que lo animó el deseo de viajar, de conocer su país y de interpretarlo.

Fueron años de vaivén entre el Norte y el Sur brasileños, y en ellos ocupa un lugar destacado su período de convivencia con los indios en ese casi mítico sertão¹. Allí, entre ellos, aprendió historias curiosas, retuvo características y tradiciones, hizo su estudio de la vida y acumuló experiencias que nunca imaginó que fueran a convertirlo en novelista. Pero estaba en su destino serlo, y en su interés, volcarlas a otros seres.

Tenía a su favor varias circunstancias: una excelente memoria, su rica fantasía, la multiplicada habilidad para sacar de cada tema lo más interesante... y su deseo de contar..., que es, en definitiva, el elemento primordial de los escritores. Primero –y a semejanza de los repentistas que recorrían el país contando historia hecha canciones, leyendas o relatos– fue un cuentista oral: decía, inventaba y explicaba cosas, ayudándose con mímica, con cambiantes entonaciones de voz, animando, en suma, sus cuentos.

Y un día comenzó a darles forma escrita: cuentos, novelas, registraron su profundo espíritu de observación y esa cualidad sutil que establece

1 Sertão, gran extensión desértica, de poca y muy particular vegetación, espinosa y retorcida, que acaba por desaparecer, y escasa en agua.

desde el comienzo un diálogo fecundo con el lector. Desde los 22 años produjo doce libros (Banana brava, Barro branco, Longe da terra, Vazante, Arara vermelha, Arraia de fogo, Rosinha, minha canoa, Doidão, O garanhão das praias, Coração de vidro, As confissões de Frei Abóbora y O meu pé de laranja lima), que han editado y reeditado incontables veces sus editores. Casi todos ellos recogen sus experiencias, porque muchas de sus historias nos entregan sus aventuras vividas en el interior del Brasil, aunque no sea su nombre el que aparece entre los protagonistas.

Pero esto no es enteramente original, ya que cualquier escritor acaba por ser autobiográfico en alguna medida. En cambio, su originalidad está en su método de trabajo: primero, la carga de ideas, la acumulación de los detalles físicos y psicológicos que darán forma a sus criaturas, la elección de los paisajes que le servirán de escenarios, el bosquejo de la novela, y finalmente, cuando ello es posible, su traslado al escenario elegido para consustanciarse con él. Realizada esta primera parte, sobreviene la etapa de la redacción, propiamente dicha, en la que suelta toda su fantasía, enhebra los resortes lingüísticos –me interesa recalcar su fidelidad al habla y los modismos propios de la zona en que instala sus historias–, y juega con el diálogo, que es en su profusión y acierto una de sus características. Para decir todo esto con palabras de José Mauro de Vasconcelos: “Cuando la historia está enteramente realizada en mi imaginación, comienzo a escribir. Solo trabajo cuando tengo la impresión de que toda la novela está saliéndome por los poros del cuerpo. Y entonces todo marcha como en un avión a chorro”.

Esto, en lo que hace a Vasconcelos como escritor; porque también está el Vasconcelos actor. El cine y la televisión lo han visto animar

historias propias y ajenas, y obtener por sus actuaciones importantes premios. Una referencia, también, al Vasconcelos protector de indios, a los que sirve de enfermero, de guía y de consejero.

Pero, naturalmente, a nosotros nos interesa como hombre de letras. En 1968 encabezó la lista de best sellers con *Mi planta de naranja lima* (O meu pé de laranja lima), su historia de un niño que una vez, un día, descubrió el dolor y se hizo adulto precozmente. En este, como en casi todos sus otros libros, Vasconcelos fue un autor afortunado con la crítica y con el público. Quizá sea por el olor a naturaleza que se agita en sus páginas, como una de esas culebras con las que muchas veces debió luchar durante sus aventuras en la selva.

O puede que sea por ese lirismo que en algunas ocasiones viste sus temas; por la simplicidad de las formas literarias adoptadas; la presencia del paisaje lujuriente que, de pronto, estalla con toda la gama de sus colores y de sus olores o de sus ruidos; o por su intención de llegar fácilmente y con toda su carga emotiva al corazón del lector. Porque, fundamentalmente, es el corazón de su público lo que él busca, mucho más que su intelecto: sus libros son mensajes de un espíritu a otro, y nunca una vacía demostración de academicismo. En ese empeño intervienen los recuerdos de su vida en la misma medida en que lo hacen sus recursos de novelista. Como lo demuestran las múltiples ediciones de cada uno de sus títulos, Vasconcelos supo encontrar el camino que conduce al lector.

Sus personajes viven, se mueven y se desenvuelven con la misma naturalidad con que lo hace su autor en la vida real, y en ello se perciben dos cosas: su intención de no convertir sus narraciones en meros juegos literarios y su entrega apasionada a cada tema y a las posibilidades que

brinda. A veces hay en lo que escribe esbozos de crítica, pero nunca se sitúa en el papel de sociólogo, fiel a su deseo de ser “nada más y nada menos que un escritor; con todo lo que ello significa de testigo y de participante de la realidad”.

Vasconcelos, quizá sin saberlo, es también un poco poeta, y así lo advertimos en algunas de sus páginas más encomiadas y en muchas de las de este libro; pero no un poeta dramático, sino lírico, que se sirve de la anécdota, de la acción y de los caracteres de sus criaturas para evidenciarlo. La anécdota: he ahí otra de sus incorporaciones a la actual literatura del Brasil. Muchos de los cultores de esta la reemplazaron a menudo por la idea. En la obra de este autor, la anécdota está desarrollada tanto por la acción como por el diálogo, directo, simple, concreto.

Con sorprendente seguridad, José Mauro de Vasconcelos prosigue su triunfal camino de escritor, recreando paisajes y dando vida a infinidad de personajes. Todos ellos por algún singular mecanismo extraliterario —difícilmente explicable, pues supera cualquier definición que pudiera dársele— se identifican e integran en un mismo valor: el hombre, tal como lo concebía y lo sentía este novelista que en 1968 ratificó la importancia que le concedieron los críticos dentro de la narrativa contemporánea del Brasil.

HAYDÉE M. JOFRE BARROSO

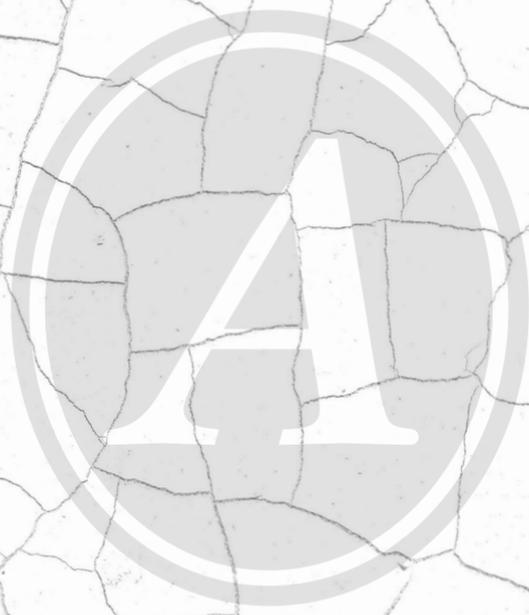
Notas de la traductora

En la presente traducción se ha tratado de conservar el sabor popular en el vocabulario, las formas idiomáticas regionales y las derivadas de situaciones sociales, cultura, educación, etcétera. De esta manera, cada personaje, en su forma de expresarse, representa a su ambiente.

Casi en todos los casos se optó por sustituir las formas muy populares, e inclusive las del lunfardo (*gíria*, en portugués), por su equivalente en castellano; cuando no existían esas equivalencias, se las traducía directamente.

Figuran al pie de página las notas, las aclaraciones o los comentarios de la traductora, en los casos en que se hicieron necesarios.

H. M. J. B.



Para los vivos:

Ciccilo Matarazzo

Mercedes Cruaños Rinaldi

Erich Gemeinder Francisco Marins

y

Arnaldo Magalhães de Giacomo

y también

Helene Rudge Miller (Piu-Piu!)

sin poder tampoco olvidar a mi "hijo"

Fernando Seplinsky

A los muertos:

El homenaje de mi nostalgia a mi hermano Luis, el Rey Luis, y mi hermana Gloria; Luis renunció a vivir a los veinte años, y Gloria a los veinticuatro también pensó que realmente vivir no valía la pena.

Igual nostalgia para Manuel Valadares, que me mostró a mis seis años el significado de la ternura...

¡Que todos descansen en paz!...

y *ahora*

Dorival Lourenço da Silva

(¡Dodó, ni la tristeza

ni la nostalgia matan!...)



**PRIMERA
PARTE**

En Navidad, a veces nace el Niño Diablo

1

**El descubridor
de las cosas**





Veníamos tomados de la mano, sin apuro ninguno, por la calle. Totoca venía enseñándome la vida. Y yo me sentía muy contento porque mi hermano mayor me llevaba de la mano, enseñándome cosas. Pero enseñándome las cosas fuera de casa. Porque en casa yo aprendía descubriendo cosas solo y haciendo cosas solo, claro que equivocándome, y acababa siempre llevando una paliza. Hasta hacía bastante poco tiempo nadie me pegaba. Pero después descubrieron todo y vivían diciendo que yo era un malvado, un diablo, un gato vagabundo de mal pelo. Yo no quería saber nada de eso. Si no estuviera en la calle comenzaría a cantar. Cantar sí que era lindo. Totoca sabía hacer algo más, aparte de cantar: silbar. Pero por más que lo imitase no me salía nada. Él me dio ánimo diciendo que no importaba, que todavía no tenía boca de soplador. Pero como yo no podía cantar por fuera, comencé a cantar por dentro. Era raro, pero luego era lindo. Y estaba recordando una música que cantaba mamá cuando yo era muy pequeño. Ella se quedaba en la pileta, con un trapo sujeto a la cabeza para resguardarse del sol. Llevaba un delantal que le cubría la barriga y se quedaba horas y horas, metiendo la mano en el agua, haciendo que el jabón se convirtiera en espuma. Después torcía la ropa e iba hasta la cuerda. Colgaba todo en ella y suspendía la caña. Hacía lo mismo con todas las ropas. Se ocupaba de lavar la ropa de la casa del doctor Faulhaber para ayudar en los gastos de la casa. Mamá era alta, delgada, pero muy linda. Tenía un color bien quemado y los cabellos negros y lisos. Cuando los dejaba sueltos le llegaban hasta la cintura. Pero lo lindo era cuando cantaba y yo me quedaba a su lado aprendiendo.

*Marinero, marinero,
Marinero de amargura,
Por tu causa, marinero,
Bajaré a la sepultura...*

*Las olas golpeaban
Y en la arena se deslizaban,
Allá se fue el marinero
Que yo tanto amaba...*

*El amor de marinero
Es amor de media hora,
El navío leva anclas
Y él se va en esa hora...*

Las olas golpeaban...

Hasta ahora esa música me daba una tristeza que no sabía comprender.

Totoca me dio un empujón. Desperté.

—¿Qué tienes, Zezé?

—Nada. Estaba cantando.

—¿Cantando?

—Sí.

—Entonces debo de estar quedándome sordo.

¿Acaso no sabría, que se podía cantar para dentro? Me quedé callado. Si no sabía yo no iba a enseñarle.

Habíamos llegado al borde de la carretera Río-San Pablo. Allí pasaba de todo. Camiones, automóviles, carros y bicicletas. —Mira, Zezé, esto es importante. Primero se mira bien. Mira para uno y otro lado. ¡Ahora!

Cruzamos corriendo la carretera.

—¿Tuviste miedo?

Bastante que había tenido, pero dije que no, con la cabeza.

—Vamos a cruzar de nuevo, juntos. Después quiero ver si aprendiste.

Volvimos.

—Ahora ya sabes cruzar solo. Nada de miedo, que ya estás siendo un hombrecito.

Mi corazón se aceleró.

—Ahora. Vamos.

Puse el pie, casi no respiraba. Esperé un poco y él dio la señal de que volviera.

—Para ser la primera vez, estuviste muy bien. Pero te olvidaste de algo. Tienes que mirar para los dos lados para ver si viene un coche. No siempre voy a estar aquí para darte la señal. A la vuelta vamos a practicar más. Ahora sigamos, que voy a mostrarte una cosa.

Me tomó de la mano y seguimos de nuevo, lentamente. Yo estaba impresionado con la conversación.

—Totoca.

—¿Qué pasa?

—¿La edad de la razón pesa?

—¿Qué tontería es esa?

—Tío Edmundo lo dijo. Dijo que yo era “precoz” y que enseguida iba a entrar en la edad de la razón. Y no siento ninguna diferencia.

—Tío Edmundo es un tonto. Vive metiéndote cosas en la cabeza.

—Él no es tonto. Es sabio. Y cuando yo crezca quiero ser sabio y poeta y usar corbata de moño. Un día voy a fotografiarme con corbata de moño.

—¿Por qué con corbata de moño?

—Porque nadie es poeta sin corbata de moño. Cuando tío Edmundo me muestra retratos de poetas en una revista, todos tienen corbata de moño.

—Zezé, deja de creerle todo lo que te dice. Tío Edmundo es medio “tocado”. Medio mentiroso.

—¿Entonces él es un hijo de puta?

—¡Mira que ya te ganaste bastantes palizas por decir malas palabras! Tío Edmundo no es eso. Yo dije “tocado”, medio loco.

—Pero dijiste que él era mentiroso.

—Una cosa no tiene nada que ver con la otra.

—Sí que tiene. El otro día papá conversaba con don Severino, ese que juega a las cartas con él, y dijo eso de don Labonne: “El hijo de puta del viejo miente como el diablo”... Y nadie le pegó.

—La gente grande sí puede decirlo, no es malo.

Hicimos una pausa.

—Tío Edmundo no es... ¿Qué quiere decir “tocado”, Totoca? Él hizo girar el dedo en la sien.

—No, él no es eso. Es bueno, me enseña de todo, y hasta hoy solamente me dio una paliza y no fue con fuerza.

Totoca dio un salto.

—¿Te dio una paliza? ¿Cuándo?

—Un día que yo estaba muy travieso y Gloria me mandó a casa de Dindinha. Él quería leer el diario y no encontraba los anteojos. Los buscó, furioso. Le preguntó a Dindinha, y nada. Los dos dieron vuelta al revés a la casa. Entonces le dije que sabía dónde estaban, y que si me daba una moneda para comprar bolitas se lo decía. Buscó en su chaleco y tomó una moneda: “Ve a buscarlos y te la doy”. Fui hasta el cesto de la ropa sucia y los encontré. Entonces me insultó diciéndome: “Fuiste tú, sinvergüenza”. Me dio una paliza en la cola y me quitó la moneda.

Totoca se rio.

—Te vas allá para que no te peguen en casa y te pegan ahí. Vamos más rápido; si no nunca llegaremos.

Yo continuaba pensando en tío Edmundo.

—Totoca, ¿los chicos son jubilados?

—¿Qué cosa?

—Tío Edmundo no hace nada y gana dinero. No trabaja y la Municipalidad le paga todos los meses.

—¿Y qué?

—Que los chicos tampoco hacen nada, y comen, duermen y ganan dinero de los padres.

—Un jubilado es diferente, Zezé. Jubilado es el que trabajó mucho, se le puso el pelo blanco y camina despacio, como tío Edmundo. Pero dejemos de pensar en cosas difíciles. Que te guste aprender con él, vaya y pase. Pero conmigo, no. Haz como los otros chicos. Hasta di malas palabras, pero deja de llenarte la cabeza con cosas difíciles. Si no, no salgo más contigo.

Me quedé medio enojado y no quise conversar más. Tampoco tenía ganas de cantar. Ese pajarito que cantaba desde adentro había volado bien lejos.

Nos detuvimos y Totoca señaló la casa.

—Es esa, ahí. ¿Te gusta?

Era una casa común. Blanca, de ventanas azules, toda cerrada y silenciosa.

—Me gusta. Pero ¿por qué tenemos que mudarnos acá?

—Siempre es bueno mudarse.

Por la cerca nos quedamos observando una planta de mango de un lado, y una de tamarindo, de otro.

—Tú, que quieres saberlo todo, ¿no te diste cuenta del drama que hay en casa? Papá está sin empleo, ¿no es cierto? Hace más de seis meses que se peleó con mister Scottfield y lo dejaron en la calle. ¿No viste que Lalá comenzó a trabajar en la Fábrica? ¿No sabes que mamá va a trabajar al centro, en el Molino Inglés? Pues bien, bobo, todo eso es para juntar algún dinero y pagar el alquiler de la nueva casa. La otra hace ya como ocho meses que papá no la paga. Tú eres muy chico para saber cosas tristes, como esta. Pero yo voy a tener que acabar ayudando en la misa para ayudar en casa.

Se quedó un rato en silencio.

—Totoca, ¿van a traer la pantera negra y las dos leonas?

—Claro que sí. Y el esclavo es quien tendrá que desmontar el gallinero.

Me miró con cierto cariño y pena.

—Yo soy el que va a desmontar el jardín zoológico y armarlo de nuevo aquí.

Quedé aliviado. Porque, si no, yo tendría que inventar algo nuevo para jugar con mi hermanito más chico, Luis.

—Bien, ¿viste cómo soy tu amigo, Zezé? Entonces no te cuesta nada contarme cómo fue que conseguiste “aquello”.

—Te juro, Totoca, que no sé. De veras que no sé.

—Estás mintiendo. Estudiaste con alguien.

—No estudié nada. Nadie me enseñó. Solo que sea el diablo, que según Jandira es mi padrino, el que me haya enseñado mientras yo dormía.

Totoca estaba sorprendido. Al comienzo hasta me había dado coscorriones para que le contara. Pero yo no podía contarle nada.

—Nadie aprende solo esas cosas.

Pero se quedaba confundido porque realmente no había visto a nadie enseñándome nada. Era un misterio.

Fui recordando algo que había pasado la semana anterior. La familia se quedó muy sorprendida. Todo había comenzado cuando me senté cerca de tío Edmundo, en casa de Dindinha, mientras él leía el diario.

—Tiíto.

—¿Qué, mi hijo?

Empujó los anteojos hacia la punta de la nariz, como hace toda la gente vieja.

—¿Cuándo aprendiste a leer?

—Más o menos a los seis o siete años de edad.

—¿Y alguien puede leer a los cinco años?

—Poder puede. Pero a nadie le gusta hacer eso cuando todavía es muy pequeño.

—¿Cómo aprendiste a leer?

—Como todo el mundo, en la cartilla. Diciendo “B” más “A”:
“BA”.

—¿Todo el mundo tiene que hacerlo así?

—Que yo sepa, sí.

—¿Pero todo, todo el mundo, sí?

Me miró intrigado.

—Mira, Zezé, todo el mundo necesita hacer eso. Y ahora déjame terminar la lectura. Ve a ver si hay guayabas en el fondo de la quinta.

Colocó los anteojos en su lugar e intentó concentrarse en la lectura. Pero no salió de mi rincón.

—¡Qué pena!...

La exclamación sonó tan sentida que de nuevo se llevó los anteojos hacia la punta de la nariz.

—No puede ser, cuando te empeñas en una cosa...

—Es que yo vine de casa y caminé como loco solamente para contarte algo...

—Entonces vamos, cuenta.

—No. Así no. Primero quiero saber cuándo vas a cobrar la jubilación.

—Pasado mañana.

Sonrió suavemente, estudiándome.

—¿Y cuándo es pasado mañana?

—El viernes.

—Y el viernes ¿no vas a querer traerme un Rayo de Luna, del centro?

—Vamos despacio, Zezé. ¿Qué es un Rayo de Luna?

—Es el caballito blanco que vi en el cine. Su dueño es Fred Thompson. Es un caballo amaestrado.

—¿Quieres que te traiga un caballito de ruedas?

—No. Quiero ese que tiene cabeza de madera con riendas. Que la gente le pone un cabo y sale corriendo. Necesito entrenarme porque voy a trabajar después en el cine.

Continuó riéndose.

—Comprendo. Y si te lo traigo ¿qué gano yo?

—Te doy una cosa.

—¿Un beso?

—No me gustan mucho los besos.

—¿Un abrazo?

Lo miré con mucha pena. Mi pajarito de adentro me dijo una cosa. Y fui recordando otras que había escuchado muchas veces... Tío Edmundo estaba separado de la mujer y tenía cinco hijos... Vivía tan solo y caminaba tan despacio, tan despacito... ¿Quién sabe si no caminaba despacio porque tenía nostalgia de sus hijos? Ellos nunca venían a visitarlo.

Rodeé la mesa y apreté con fuerza su cuello. Sentí su pelo blanco rozar mi frente con mucha suavidad.

—Esto no es por el caballito. Lo que voy a hacer es otra cosa. Voy a leer.

—Pero ¿tú sabes leer, Zezé? ¿Qué cuento es ese? ¿Quién te enseñó?

—Nadie.

—No me mientas.

Me alejé y le comenté desde la puerta:

—¡Tráeme mi caballito el viernes y vas a ver si leo o no!...

Después, cuando anocheció y Jandira encendió la luz del farol porque la Light¹ había cortado la luz por falta de pago, me puse en puntas de pies para ver la “estrella”. Tenía el dibujo de una estrella en un papel y debajo una oración para proteger la casa.

—Jandira, álzame que voy a leer eso.

—Déjate de inventos, Zezé. Estoy muy ocupada.

—Álzame y vas a ver si sé leer.

—Mira, Zezé, si me estás preparando alguna de las tuyas, vas a ver.

Me alzó y me llevó detrás de la puerta.

—Bueno, a ver, lee. Quiero ver.

Entonces me puse a leer. Leí la oración que pedía a los cielos la bendición y protección para la casa, y que ahuyentaran a los malos espíritus.

Jandira me puso en el suelo. Estaba boquiabierta.

—Zezé, te aprendiste eso de memoria. Me estás engañando.

—Te juro que no, Jandira. Sé leer todo.

—Nadie puede leer sin haber aprendido. ¿Fue tío Edmundo quien te enseñó? ¿O Dindinha?

—Nadie.

Tomó un pedazo de diario y leí. Correctamente. Dio un grito y llamó a Gloria. Esta se puso nerviosísima y fue a llamar a Alaíde. En diez minutos un montón de gente de la vecindad había venido a ver el fenómeno.

1 Compañía de electricidad (*N. de la T.*).

Eso era lo que Totoca quería saber.

—Te enseñó, prometiéndote el caballito si aprendías.

—No, no.

—Le preguntaré a él.

—Ve y pregúntale. No sé decir cómo fue, Totoca. Si lo supiera te lo contaría.

—Entonces vámonos. Pero ya vas a ver cuando necesites algo...

Me tomó de la mano, enojado, y me llevó de vuelta a casa. Y allí pensó en algo para vengarse.

—¡Bien hecho! Aprendiste demasiado pronto, tonto. Ahora vas a tener que entrar en la escuela en febrero.

Aquello había sido idea de Jandira. Así, la casa quedaría toda la mañana en paz y yo aprendería a ser más educado.

—Vamos a entrenarnos en la Río-San Pablo. Porque no pienses que en época de clases voy a hacer de empleado tuyo, cruzándote todo el tiempo. Tú eres muy sabio, aprende entonces también esto.



—Aquí está el caballito. Ahora quiero ver.

Abrió el diario y me mostró una frase de propaganda de un remedio.

—“Este producto se encuentra en todas las farmacias y casas del ramo”.

Tío Edmundo fue a llamar al fondo a Dindinha.

—¡Mamá, lee bien hasta farmacia!

Los dos juntos comenzaron a darme cosas para leer, que yo leía perfectamente.

Mi abuela rezongó que el mundo estaba perdido.

Me gané el caballito y de nuevo abracé a tío Edmundo. Entonces me tomó de la barbilla, diciéndome muy emocionado:

—Vas a ir lejos, tunante. No por nada te llamas José. Vas a ser el Sol, y las estrellas brillarán a tu alrededor.

Me quedé mirando sin entender y pensando que él estaba realmente “tocado”.

—No entiendes esto. Es la historia de José de Egipto. Cuando seas más grande te contaré esa historia.

Me enloquecían las historias. Cuanto más difíciles, más me gustaban.

Acaricié mi caballito largo tiempo, y después levanté la vista hacia tío Edmundo y le pregunté:

—¿Te parece que la semana que viene ya seré más grande?...